

político de *Humanismo cívico*, su libro lleno de admiración por René Girard, su ejemplar defensa de la verdad como fin de la universidad, el aprecio a la filosofía práctica, la relación entre filosofía y cristianismo, todo ello y más, salpicado de sabrosas anécdotas biográficas, de este importante filósofo español. En esta obra se encuentra compendiada su trayectoria intelectual. Se entiende por qué la Universidad de los Andes (Santiago-Chile) le concederá el doctorado Honoris Causa, honor que ya recibió de la Universidad Panamericana de México. Asimismo ha recibido el máximo galardón –medalla de oro– que otorga la Universidad de Navarra, su *alma mater*.

Jorge PEÑA

---

**José María BARRIO MAESTRE**, *El Dios de los filósofos. Curso básico de filosofía*, Madrid: Rialp, 2013, 251 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-321-4250-5.

Aparece un libro de filosofía que recoge, una vez más, la famosa expresión del *Memorial* de Pascal, y que no ha dejado de inspirar composiciones como la que escribiera en su día Nedoncelle o más recientemente el mismo J. Ratzinger. En este caso se trata, como el propio subtítulo señala, de una obra introductoria en el quehacer de la filosofía, centrada básicamente en dos propósitos: mostrar de manera panorámica los temas y problemas de la Filosofía, siguiendo sobre todo la tradición de Aristóteles, y poner de relieve la centralidad que la cuestión de Dios tiene en el pensamiento filosófico de todos los tiempos, consciente el autor de que este problema de Dios ha nutrido –y nutre– lo más fecundo del debate filosófico desde sus orígenes en Grecia (p. 12).

El libro que presentamos consta de trece capítulos en total, agrupados en cuatro partes o bloques temáticos. La primera (Cuestiones introductorias) tiene dos capítulos: el primero (*¿Qué es filosofía?*) nos introduce en la noción clásica de la Filosofía, como esa ciencia de todas las cosas, por sus últimas causas y a partir de la luz natural de la razón; ciencia que se caracteriza más por lo que ignora o echa de menos que por lo realmente sabido, es decir, por ser una infatigable y constante búsqueda de la verdad, que caracteriza a todo hombre por el hecho de serlo. Su pretensión de radicalidad otorga a la Filosofía, ciencia de difícil definición, una de sus propiedades fundamentales. El segundo capítulo (*El gran mapa del saber filosófico*) nos asoma a las diversas ramas que constituyen este antiguo saber, agrupadas todas ellas en torno a una distinción

tradicional entre filosofía teórica y filosofía práctica: así, lógica, filosofía de la naturaleza y metafísica, por un lado, y ética, economía y política, por otro, constituyen los diversos ámbitos en los que se desenvuelve no sólo este conocimiento sino, en última instancia, también la vida misma del hombre. Sin ánimo de exclusividad, esta clasificación deja abierto el tratamiento de otros problemas que en el futuro se le puedan presentar al sujeto humano.

El segundo bloque temático (La cuestión filosófica de Dios) es el que da pie propiamente al título del libro y ocupa su parte central. Este ser contingente y finito que somos cada uno de los humanos, descubre bajo lo positivo de su limitado existir una carencia negativa que amenaza su ser: ni siempre ha existido ni por siempre existirá. Y es a partir de aquí como se pregunta y descubre, o al menos atisba, la presencia de un fundamento mayor, que desde siempre es, y que por siempre será: Dios emerge en la conciencia del hombre cuando éste, apartando toda frívola distracción, se vuelve y se recoge sobre sí, o sabe preguntar a la realidad circundante por la razón última de su ser. De este modo, la reflexión filosófica acerca de Dios (*Dios en la filosofía*) viene a dar respuesta a uno de los interrogantes fundamentales que, brotando desde lo más profundo y auténtico del ser humano, no puede quedar a medias o sin resolver.

Porque no es evidente, no es absurdo ni superfluo que su planteamiento exija los mejores esfuerzos de la razón; porque el hombre tiene inteligencia, y con las demás cosas disfruta de un ser recibido pero que no se ha dado a sí mismo, puede descubrir en ellas el camino o la vía que conduzca irremisiblemente su investigación a aquella fuente que hace surgir cuanto es real; y puesto que toda parcela de realidad nos resulta accesible comenzando por la experiencia sensorial, ésta será la condición obligada que defina todo nuestro proceso mental. Así pues, es necesario y absolutamente posible que el hombre, a partir de los datos de experiencia, y guiado por la luz de su razón natural, establezca un proceso intelectual que desemboque en la afirmación inapelable de la existencia de Dios (*¿Existe Dios?*); este conocimiento, por negativo o imperfecto que sea, encuentra en la analogía epistemológica, y últimamente en la ontológica, el fundamento definitivo de su legitimidad. Sin entrar en demasiados detalles, expone el autor lo nuclear del proceso argumentativo de Tomás de Aquino y alguna de sus características fundamentales, haciendo notar que su fuerza probatoria reside en el conjunto de las vías y no tanto en cada una de ellas por separado.

El capítulo quinto (*Otros argumentos de la existencia de Dios*) presenta brevemente otros argumentos para afirmar la existencia de Dios, tal vez de «fuer-

za mayor, subjetivamente hablando»: el argumento eudemológico parte del deseo natural de felicidad que reside en lo profundo de la estructura del sujeto humano; el argumento deontológico lo hace desde la consideración del orden moral y el carácter absoluto con que se presenta la ley moral, así como la obediencia a ella debida; junto a ellos, la consideración de las verdades eternas, que de alguna manera está en la cuarta de las vías tomistas, también conduce nuestra reflexión racional a la convicción de Dios como ser inmutable y eterno, fuente de toda otra verdad.

Pero no podemos decir de algo que existe y no saber, por lo mismo y en algún sentido, cómo existe. Cuando afirmamos la existencia de un objeto, el conocimiento nos garantiza la posesión de algunas de sus propiedades, por precario que sea el modo en que las conocemos. También esto sucede con Dios: cuando el entendimiento concluye afirmando su existencia, lo hace atisbando –aunque limitadamente– alguno de sus modos o atributos. Si Tomás ha llegado al Acto puro de ser, a la Causa incausada o al Ser absolutamente necesario, a la Perfección máxima –que explica que las demás lo sean en su medida– o al Fin último al que todo se ordena sabiamente; si ha llegado a Dios al final de sus cinco vías, ha descubierto en la posesión eterna de su ser –en su ser por sí, absolutamente ser sin más– aquel constitutivo formal o característica esencial que constituye su realidad última. Junto a este núcleo metafísico más hondo, y como en una lógica dependencia de él, otros son los atributos que constituyen la naturaleza divina o, dicho con otras palabras, su esencia física (*¿Cómo es Dios?*): de tipo entitativo unos, muestran cómo es Dios, mientras otros, de tipo operativo, nos hacen entender cómo actúa.

Del conocimiento de estos atributos o cualidades divinas se desprende un modo de comprender también la relación que el mundo natural tiene con Dios: creación, gobierno o conservación, por lo que respecta a Dios; libertad moral y actitud religiosa, por lo que dice directamente a nosotros, definen algunas de las claves para interpretar dicha relación. Es el contenido muy breve del capítulo séptimo (*La relación del hombre con Dios*) con el que el autor pone fin al tratamiento filosófico de las principales cuestiones acerca de Dios.

Entiendo que hasta aquí el autor ha expuesto lo que justifica el título empleado. Lo que viene en adelante justifica el subtítulo: dado el carácter general de esta obra y su finalidad propedéutica, incorpora además dos bloques temáticos, uno antropológico y otro ético. Así, encontramos una tercera parte (Antropología filosófica) acerca de la persona humana, su naturaleza, valor y dignidad, que expone, al final, algunos conceptos importantes sobre la libertad.

Partiendo de la sustantividad, que caracteriza la definición de Boecio (*Qué significa ser persona*), el autor nos lleva hasta la dimensión relacional de la persona, hacia su radical y ontológica apertura a la totalidad del ser real, en la doble forma de conocer y de querer. La constitutiva indigencia de este individuo racional se ve, de esta manera, perfeccionada y dilatada hacia nuevas posibilidades; posibilidades que, en modo alguno se ciñen a los aspectos físico-biológicos, antes bien tienen en la metafísica su más sólido fundamento universal. Lejos de las tesis colectivistas, no se identifica tampoco el autor con aquellas interpretaciones que hacen del sujeto humano una autoconciencia en ejercicio o una pura autodeterminación libre: la teoría hilemórfica de Aristóteles le permite expresar la «perfecta hibridación psicosomática» que se da en el ser humano (p. 162).

El capítulo dedicado a la dignidad de la persona (*El valor de la persona humana*), se inspira en el pensamiento kantiano, entre otros, y su rigurosa defensa de la persona como fin en sí mismo: dignidad ontológica y dignidad moral, dignidad innata y dignidad adquirida, ambas encuentran el verdadero fundamento, en última instancia, en su dimensión metafísica e incluso teocéntrica. La perspectiva teológica aportada por el cristianismo ofrece, sin duda, a la persona humana su definitivo esplendor: el que luce cuando se conecta la libertad con la verdad y con el bien. Tres son los aspectos o modos cardinales de la libertad analizados por el autor en el capítulo décimo (*La libertad humana*): la libertad trascendental, propia de la persona en cuanto abierta a la realidad, la libertad de elección o libre arbitrio que posibilita la autodeterminación hacia el bien, y la libertad moral. Si la libertad como apertura a lo real define a la persona humana, en cuanto *persona*, en cuanto *humana* la suya no puede ser sino una libertad finita y expuesta a no pocos peligros o desviaciones. Dos se recogen en el libro: los que tienen que ver con el pensar y con el querer, cuando libremente el hombre se desvincula de la verdad.

La última parte del libro (Ética) dirige la reflexión hacia el obrar humano y su meta última, el bien moral. La libertad moral impone esta reflexión sobre los fines prácticos del comportamiento humano (*La razón práctica y el discurso ético*): lejos de planteamientos hedonistas, lo mismo que de posturas meramente formalistas o desencarnadas, el libro apuesta por un auténtico uso moral de la libertad tal como el que presenta Aristóteles en su obra, que se cimienta sobre una visión metafísica de la persona: «Toda ética presupone una antropología, y toda antropología se despliega en una ética, digamos, en una antroponomía» (p. 218). Tres son las tradiciones éticas que, según el autor, elaboran su discurso acerca del bien, del criterio ético y del fin de nuestras obras, a partir

del ejercicio cognitivo de nuestra razón (*Éticas con pretensión cognitiva*): la de Aristóteles, que se basa en las nociones de felicidad y bien, la de Kant, que tiene en el deber su noción fundamental, y la fenomenológica de Scheler, que ha hecho de los valores el criterio para discernir el contenido moral. Frente a ellas, hay otros planteamientos que niegan la posibilidad de conocer algo acerca del bien o el mal moral (*Posiciones morales no cognitivistas*): ya porque se cuestiona la capacidad libre del sujeto para hacerlo, ya porque lo que se niega es el contenido objetivo del hecho moral. Con otras palabras, el determinismo y el relativismo nos conducen, aunque por razones diversas, a un mismo resultado de escepticismo moral, condición propicia para que surja y se desarrolle la denominada «dictadura del relativismo» (p. 250).

Creo que este libro puede ser útil para los estudiosos de la filosofía, sobre todo aquellos que comienzan, por la claridad con que expone los conceptos y argumentos, así como por el breve resumen esquemático que se añade al final de cada tema. Por tratarse de un libro de iniciación, el libro se queda en la presentación del pensamiento filosófico anterior: gana en sencillez expositiva pero, tal vez, pierde algo de aquella originalidad que, aunque incómoda, siempre provoca al lector invitándole a pensar. Quiere ser un «curso elemental de Filosofía», pero entiendo que se ha limitado únicamente a mostrar algunos temas y no un panorama general de ellos: puede que las cuestiones de antropología y ética sean las más importantes, pero no agotan los elementos de la filosofía; y si de lo que se trata es de un texto básico de Teodicea, como reflexión filosófica acerca del problema de Dios, de su existencia y su naturaleza, entonces encuentro innecesarias las dos últimas partes del libro.

Juan Carlos GARCÍA JARAMA

---

**Félix María AROCENA**, *Los himnos de la tradición. El himnario de la Liturgia Horarum y otros himnos de la tradición litúrgica*, Madrid: BAC, 2013, LIV + 727 pp., 18 x 25, ISBN 978-84-220-1628-1.

La Iglesia es el lugar donde la santa Trinidad es glorificada mediante la genuina doxología. Desde antaño, la tradición litúrgica conoce los himnos como uno de los cauces más idóneos para que los cristianos expresen su adoración y bendición transida de agradecimiento al Dios creador, salvador y san-